

vecio y Marmontel, Raynal y Florian, Goguet y Bernardino de Saint-Pierre. Nos detenemos porque hay tal uniformidad de pensamientos acerca de la guerra y de los conquistadores en todos los escritores del siglo XVIII, que sería de una fatigosa monotonía el reproducir sus invectivas incesantemente repetidas contra esos azotes del género humano. Preferimos consignar un hecho más notable todavía que esta unanimidad de la literatura francesa. Generalmente se echa la culpa á la Francia del espíritu filosófico del último siglo; y lo que á los ojos de unos es una mancha, es para otros una apoteosis. En realidad los mismos sentimientos, las mismas ideas, reinaban en todas partes, en la Europa entera, sin que pueda decirse de dónde viene la iniciativa. ¿No es ésta una de las señales más graves de los tiempos? Si el espíritu del siglo XVIII no fuese más que un mal local, como dicen los hombres del pasado, podrían esperar que su influencia desaparezca bajo la acción universal de la humanidad. Pero cuando encontramos en todas partes las mismas aspiraciones, y, por decirlo así, el mismo culto, se hace preciso confesar que no se trata de una enfermedad, sino de un movimiento general que arrastra á los pueblos modernos y que inaugura una era nueva de la civilización.

N.º 5.—*Literatura extranjera.*

I.

La guerra que los filósofos franceses hacen á los conquistadores es notable, porque la nación á que pertenecen es una raza militar por excelencia. Los escritores ingleses no tenían que combatir una preocupación nacional. Desde que la Inglaterra ha tomado en serio su libertad, ha tenido cuidado de poner á sus reyes en la imposibilidad de hacer conquistas; gracias á estas recelosas precauciones, las instituciones libres han arraigado allí tan profundamente que pueden desafiar á todas las tempestades. Pacífica porque es libre, la nación inglesa está también interesada en impedir las conquistas sobre el continente, porque una potencia preponderante comprometería su comercio á la vez que su libertad. El con-

junto de estas causas explica los sentimientos que inspiran á la literatura inglesa. Mientras los Franceses quemaban incienso ante su gran rey, los poetas ingleses condenaban su orgullo y su ambición; le acriminan por la sangre que derrama á torrentes, por las ruinas que amontona. Addison establece un paralelo entre este héroe destructor y el príncipe á quien la Inglaterra debe su libertad. También Guillermo ocupó en las armas su corta carrera, pero fué para defender á su patria y á la Europa. Combate en nombre del protestantismo amenazado, en nombre del derecho oprimido; no gimen los pueblos por sus victorias, porque éstas aseguran su independencia (1). Guillermo de Orange fué más veces vencido que vencedor; pero la causa en cuyo favor luchaba es de aquellas que no se pierden jamás aún cuando sucumban sus defensores. Addison termina cantando el triunfo de los ejércitos ingleses; lo hace como hombre libre; no insulta á los vencidos, no ensalza á los vencedores; celebra la fortuna de la Inglaterra, porque es la victoria de la libertad. Para él, vivir es ser libre, y la servidumbre es la peor de las muertes (2).

Sería una ilusión considerar á los Ingleses como campeones desinteresados de la libertad; poseen en el más alto grado la virtud del patriotismo, la cual tiene su reverso. Afortunadamente el egoísmo de la Inglaterra se concilia con el interés general. Fundan su poder en la industria y el comercio. Estas son las verdaderas fuentes de la grandeza de los pueblos, dice el *Spectateur*. La guerra y las conquistas son buenas para los bárbaros; consideradas como elemento de poder, son un cálculo estúpido. Y el escritor inglés entra á calcular lo que han valido á Luis XIV sus conquistas. En 1711 no debían salirle muy bien las cuentas al gran rey, cuyos ministros se veían precisados á hacer antesala para ser recibidos por los tenderos holandeses. El *Spectateur* toma, pues, el reinado de Luis XIV en la época de sus triunfos; calcula, como un banquero, lo que ha perdido y lo que ha ganado con sus victorias, y llega á la consecuencia de que el vencedor de Europa iba perdiendo á medida que creía ganar ensanchando sus

(1) ADDISON, *To the king*. (*Miscellaneous works*, t. I, p. 10 y 12.)

(2) IDEM, *The campaign* (*ibid.*, t. I, p. 78); *Cato.*, t. II, p. 57.

fronteras. En definitiva, ha cubierto la Europa de sangre y de ruinas para conquistar una falsa gloria (1).

## II.

La Inglaterra ha tenido un precursor de Voltaire en *Swift*. Ambos se burlan de las flaquezas humanas; sin embargo, ambos son en cierto sentido filántropos. Swift escribe ciertamente á Pope que la misantropía le ha inspirado los *Viajes de Gulliver*; pero añade que, aunque deteste á los hombres como raza, ama á los individuos. Voltaire hubiera podido decir lo contrario; apénas ha amado á los individuos, pero profesaba sincero amor á la raza. Esta falta de afecto á la humanidad es lo que hace tan picante la sátira de *Swift*. Todo es verdadero en ella, pero todo es falso también, porque el exagerado realismo del novelista le impide colocarse en el verdadero punto de vista. Escuchemos á Gulliver, cuando expone las razones que tienen á los reyes constantemente en guerra entre sí: «Son innumerables, dice; hé aquí algunas: La diferencia de opiniones ha costado la vida á millones de hombres; por ejemplo, se han batido por saber si el pan es carne, ó si la carne es pan, si el jugo de la uva es vino ó es sangre, si vale más besar un pedazo de madera en forma de cruz ó utilizarlo para hacer fuego; qué color es mejor para un hábito, el negro, el blanco ó el pardo; si debe ser largo ó corto, estrecho ó ancho, sucio ó limpio, y otras cosas por este estilo. Hoy se hace la guerra á un vecino porque es demasiado poderoso, mañana porque es demasiado débil. También es una causa muy legítima de guerra el invadir una comarca desgarrada y debilitada por las facciones. Nada más justo que apoderarse del territorio de un aliado para redondear el nuestro. Hacemos también guerras para civilizar un pueblo pobre é ignorante; empezamos por matar la mitad de su población y reducimos á esclavitud la otra mitad. Es una práctica régia, y por consiguiente muy honrosa, ir en auxilio de un príncipe y apoderarse después de sus Estados. El parentesco y la

(1) *The Spectator*, t. I, p. 9; t. III, p. 48, 52; t. II, p. 222 y sig.

alianza entre los reyes es una de las causas habituales de sus disensiones.»

*Swift* insiste repetidas veces sobre la locura guerrera, porque es una de las más funestas y que más se prestan á la sátira. Merece leerse en su descripción de Lilibut la guerra encarnizada que suscita en el seno de la nación de los Lilibutienses acerca de la manera cómo debe abrirse un huevo; ¿debe abrirse por el extremo más grueso ó por el otro? ¡Cuánta sangre ha corrido por dogmas teológicos tan importantes como la disputa lilibutiense? Si se tomase en serio á *Swift*, habría que deducir que todos los hombres merecen ser encerrados en una casa de locos. Sin embargo, las guerras que parecen más locas son precisamente las que manifiestan la grandeza humana. Sacrificar su vida por una creencia, es un acto que puede ridiculizarse cuando la creencia es ridícula; pero esto no impide que los que dan su vida por su fe cumplan con el más grande y á la vez el más difícil de sus deberes, el sacrificio por una idea. No ridiculicemos la abnegación, pero procuremos que el sacrificio sea en obsequio de ideas grandes y nobles.

## III.

En Inglaterra, lo mismo que en Francia, el espíritu general de la literatura es hostil á la guerra. En las *Noches de Young* se encuentra un rasgo contra la ambición de los reyes, que d'Holbach hubiese podido hacer suyo. «En el momento presente la guerra desgarrará la Europa; designamos con este nombre un pequeño rincón del universo, en el que se agitan reyes insensatos. En el mundo en que ha nacido no se espera á que los años ocasionen la muerte. La muerte ha conocido que tardaba mucho en destruirnos; ha dejado á un lado su aljaba, ha colgado su guadaña y ha dado á los reyes el encargo de mantener en su nombre una carnicería continua de la especie humana. Su ambición le sirve mejor que su espada» (1). Las guerras del siglo XVIII merecen esta censura, por exagerada que parezca. Pero cuando los historiadores

(1) *YOUNG, Noche XXI*, traducción de LE TOURNEUR.

transportan á los tiempos pasados su ódio á las conquistas, acaban por emitir juicios evidentemente injustos. *Prideaux* pone en duda el heroísmo de Alejandro, el héroe por excelencia; no ve en él más que al *valenton general de su siglo*: « Pero los hombres son tan locos y los historiadores tan testarudos, que dedican todo su ingenio á las acciones de guerra, á la carnicería, á las conquistas, y consideran como sus más grandes héroes á los que más se han distinguido destruyendo el universo » (1).

Como se ve, el ódio á los conquistadores es una idea fija y en cierto modo un sistema. *Gibbon* nos dirá cuál era el objeto de esta guerra encarnizada que el siglo XVIII hacía á la guerra. Observa que las alabanzas de Alejandro, cantadas por los poetas y los historiadores más célebres, encendieron en el alma de Trajano una emulación peligrosa, y luégo añade: « Miétras el género humano siga elogiando á sus destructores, dándoles la preferencia sobre sus bienhechores, la sed de gloria militar seguirá siendo el defecto de los caractéres más elevados. » La cruzada de la literatura contra las conquistas estaba, pues, inspirada por el amor á la humanidad: era tan apasionada como las guerras santas de la Edad Media. De aquí la ceguedad y la injusticia de los filósofos. Esto no impide que su fin fuese santo, más santo que el de las cruzadas; querían contener ese desbordamiento de sangre que por todas partes corría por la culpable ambición de los reyes. Un escritor alemán nos dará á conocer el plan de campaña de los modernos cruzados, sus esfuerzos y sus esperanzas.

## IV.

*Herder* dice que un escritor del siglo XVIII, cuyo nombre apenas es conocido fuera de Alemania, merecía ser llamado el escritor de la humanidad. *Tomás Abbt* es uno de los sacerdotes de la religión nueva que inspiraba á todos los hombres de letras, pero no tiene nada de original. Toma de Juan Bautista Rousseau, de Pope y de Milton algunos pensamientos bellos acerca de la guer-

(1) PRIDEAUX, *Historia de los Judíos*, P. 1.<sup>a</sup>, lib. VII.

ra; despues desenvuelve una palabra profunda que Shakespeare pone en boca de los vencidos: « Mañana, dicen á su vencedor, gravaremos con gran peso tu alma. » El espectáculo de las desgracias individuales originadas por la guerra es lo que principalmente llama la atención del moralista alemán (1). Esta preocupación tiene ciertamente su legitimidad, pero no es decisiva. Es preciso elevarse más arriba si se quiere abarcar todas las fases de una cuestión que afecta á los destinos del género humano. Un hombre de genio hubo digno de tratarla, filósofo y cristiano á la vez, historiador y poeta. *Herder* es el verdadero apóstol de la humanidad. Conocemos los sentimientos generosos que le inspiran; vamos á ver cómo los aplica al derecho de gentes.

Al derecho que rige las relaciones de los pueblos, *Herder* le llama derecho de la humanidad. Sabiendo lo que el filósofo entiende por humanidad, hay que convenir en que el derecho internacional no ha sido concebido nunca de una manera más elevada. Formula en los siguientes términos la ley que rige las relaciones internacionales: « Una nación debe hacer por las otras lo que desea que las otras hagan por ella. » Esto es la caridad del Evangelio transportada á la esfera de la política. Quien dice caridad, excluye el ódio y la guerra; la paz es, pues, la condición natural del género humano. Es verdad que hasta hoy ha reinado siempre la guerra, pero basta que sea contraria á la naturaleza del hombre para que deba desaparecer: « Ayudarse mutuamente para perfeccionarse, tal es el fin que Dios ha asignado á los hombres; no les ha dado la misión de matarse entre sí. El gran Federico decía que las guerras eran ataques de fiebre; pues bien, cuando hay fiebre, se llama al médico. También la fiebre de la guerra encontrará su médico, el cual calmará, ó al ménos disminuirá su violencia. Porque el género humano progresa. Adelante siempre, tal es su divisa. No hay Hércules que haya llegado á las últimas columnas, ni nadie llegará tampoco » (2).

Lo que prueba que ésta es la tendencia de la humanidad, es que

(1) ABBT, *Schriften*, t. I, p. 228 y sig.

(2) HERDER, *Adrastea*, I, 6.—IDEM, *Zur Philosophie der Geschichte*, VIII, 4.—*Briefe zur Beförderung der Humanität*, núm. 22.